INTRODUCCIÓN

Previo al cambio, convivíamos en un mundo irracional. El recurso a la agresión o amenaza era constante. Países enteros podían convertirse de un día para otro, por los más obtusos motivos, en implacables campos de batalla. Me refiero a los primeros veinticinco años del siglo XXI. Después apareció Ana. Nada volvió a ser igual.

Ahora que he tenido el tiempo de estudiar lo sucedido en todos sus detalles, intentaré compartir con ustedes esta asombrosa historia. Nadie la ha vivido como yo porque me tocó cumplir en ella, sin saberlo, un rol protagónico.

Debo advertirles que quienes me conocen bien juzgan que soy una persona poco convencional, seria, en ocasiones cómica, muy estudiosa y fatalmente distraída. Sospecho que no les falta razón. Ustedes sabrán perdonar acaso algún lapsus, desvío humorístico o desorden en este relato.

Sobre Ana puedo adelantar que la conocí de niña. Fui, de hecho, el mejor amigo que tuvo en la escuela. Nadie de aquella época recuerda ya su apellido. Contenía una seguidilla de consonantes imposibles de pronunciar. Su inusual nombre de familia constituía, con frecuencia, un motivo de burla.

Su madre era cristiana y su padre, judío askenazi. Ana era considerada cristiana por los judíos y judía por los cristianos. Ni lo del apellido ni los tontos abusos le causaban mayor preocupación porque su mente no se detenía mucho tiempo ahí. En un principio, sus compañeros de

clase le resultaban graciosos y ajenos. Ella no terminaba de entender lo que hacían y decían. ¿Por qué reían? ¿Por qué se enojaban? ¿Por qué agredían? Cuando tomó plenamente conciencia de que no había explicación, el tema dejó de interesarle. Ana se refugió en sí misma, en el insondable laberinto de su maravillosa mente que hasta hoy nadie ha podido descifrar.

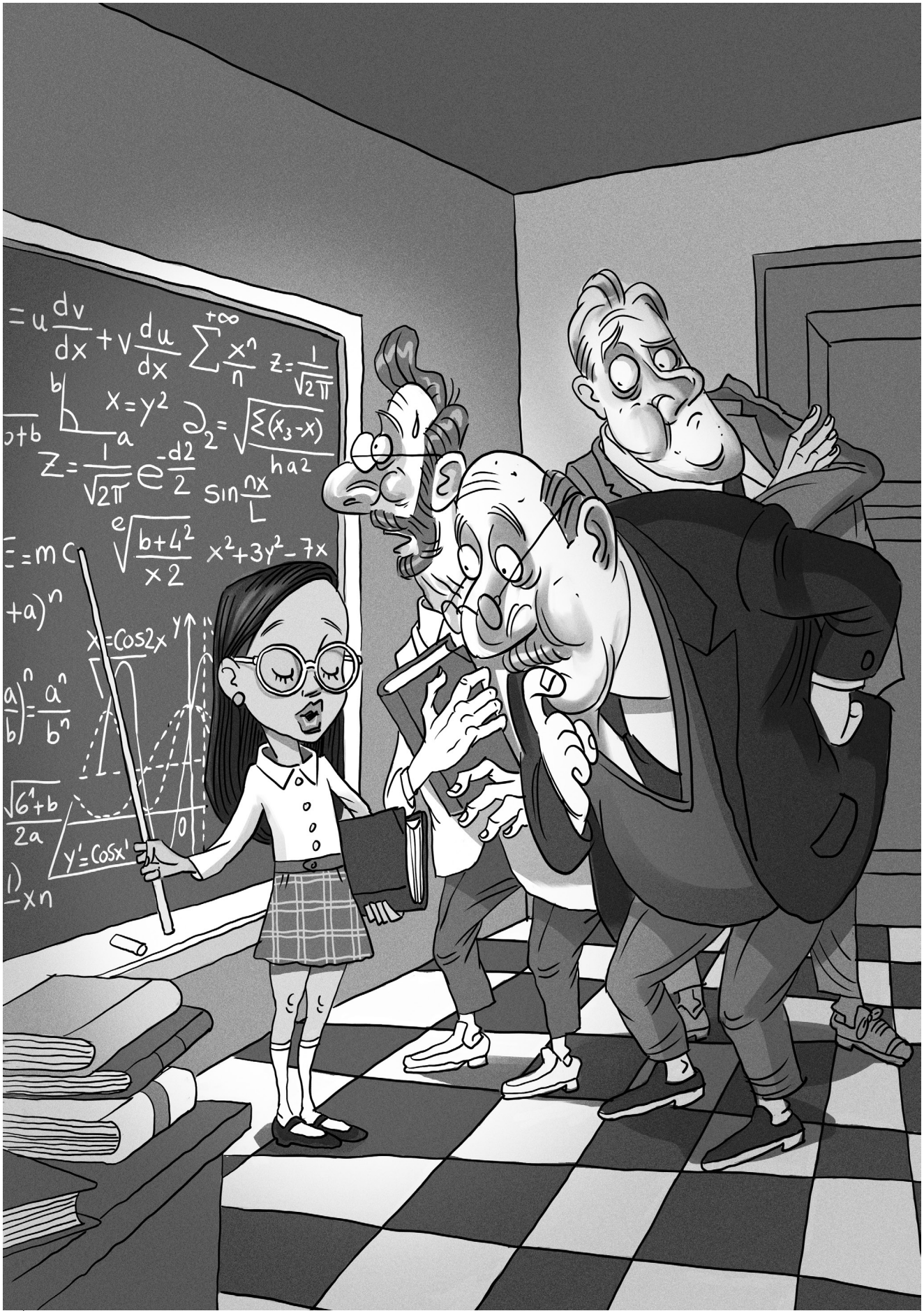
Poseía un coeficiente intelectual absolutamente extraordinario. La variedad de test a la que fue sometida desde muy temprana edad arrojó resultados que no eran comparables con nada conocido. Resolvía los cada vez más avanzados problemas que se le proponían con una velocidad tal que los examinadores terminaban confundidos sobre la dificultad relativa de unos y otros.

Muy pronto tuve que despedirme de ella. Fue enviada con tan solo nueve años a los centros universitarios de mayor prestigio y en todos ellos causó asombro. No tenía límite, ni techo. Resolvía ágilmente los problemas de física, matemática o biología molecular que se le planteaban y además explicaba la ineludible relación, para ella evidente, entre estas disciplinas. También señalaba las discrepancias, repeticiones e inconsistencias de cada test. La sencillez de sus explicaciones y la claridad de sus conceptos dejaban sin posibilidad de réplica a todos. Incluso a aquellos ilustrísimos profesores que habían llegado a la cumbre de sus carreras en base a complejas teorías que, según Ana, partían de supuestos inexactos, se desarrollaban en forma tortuosa y llegaban irremediablemente a una inconclusión.

Recogió en su breve pasaje por la academia el total desconcierto de algunos, y el más profundo odio y rencor de otros. Su novedosa reinterpretación de la realidad, de las reglas y fuerzas que gobiernan el universo, provocó una estampida de nuevas y costosas investigaciones absolutamente descoordinadas y básicamente inútiles. Tampoco en este caso Ana se preocupó por entender qué los hacía entusiasmar, agredir, enojar o llorar.

Al llegar a la adolescencia, focalizó su atención en el mundo cibernético y se internó en él. Fue descubriendo lo que el ingenio humano había creado y, como no podía ser de otra manera, lo encontró plagado de inconsistencias, ingenuidades y errores. Pero los ordenadores y los algoritmos no se enojan ni ríen, y Ana se sintió a gusto dialogando con ellos y acomodando entuertos que, ahora sí, le resultaban graciosos.

Se sumergió en ese vasto territorio de aplicaciones inventadas, algunas valiosas y otras disonantes. Revisó con detención y absoluto rigor el incipiente mundo de la inteligencia artificial, que comenzaba a aplicarse tanto para los más nobles como los más pérfidos fines. Decidió entonces que había encontrado un desafío para su vida y se perdió en ese mundo.


x=Cos2x
y
y'=Cosx'
0

I

LA PAZ

There will one day spring from the brain of Science
a machine, or force, as fearful in its potentialities,
so absolutely terrifying,
that even man, the fighter, […] will be appalled,
and so abandon war for ever.

Thomas Edison (1847-1931)

En su solitaria y apasionante expedición por el universo tecnológico, Ana fue descubriendo los mecanismos a través de los cuales la ingeniería humana había logrado comunicar, con alta precisión y velocidad, sonidos, imágenes y energía de un rincón del planeta al otro. Estudió minuciosamente todos los sistemas de comunicaciones espaciales operativos de diversas nacionalidades y descifró, sin mayor esfuerzo, los de seguridad que cada uno había diseñado para que operadores extraños no pudieran acceder o interferir con ellos. Logró vincular, para su interés privado y exclusivo, a unos con otros, estudiar su potencial y usarlos para desarrollar nuevas aplicaciones sin dejar traza alguna de su actividad y sus frecuentes visitas. Analizó con particular detalle, por ejemplo, las aplicaciones satelitales que permitían determinar con exactitud la georreferencia de cada objeto, por más pequeño que fuera. Era todo muy ingenioso, concluyó Ana, pero merecía mucho mayor desarrollo.

Cuando Ana finalmente reveló sus descubrimientos tecnológicos a la humanidad, comprobamos con asombro que correspondían a una generación mucho más avanzada, y hasta entonces ignorada, del conocimiento.

De todas sus pesquisas, lo que más le asombró fue el ínfimo uso que los terrestres hacíamos de la energía solar: de esa combustión incalculable e infinita que explicaba todo lo que había sucedido en el planeta Tierra desde el comienzo de su historia. El Sol es una gigantesca bola de fuego que arde constantemente a más de cinco mil grados centígrados en su superficie e irradia luz y energía en todas direcciones hacia el

infinito. La Tierra, vista desde el Sol, es una diminuta estrella, un punto en el firmamento que capta y también refleja una parte absolutamente despreciable de esa inmensa energía. Con el beneficio de esa mínima fracción, solo con ello, se generó y desarrolló la vida en la Tierra. Todo el resto se perdió, día a día, siglo a siglo, sin remedio en el espacio.

Luego de muchos años de intenso y apasionado estudio, Ana descubrió cómo manipular los distintos satélites que giraban alrededor de la Tierra y diseñó un sistema de redes magnéticas que podían captar los fotones de luz que pasaban por un vastísimo campo cósmico. Se capturaba, al activar estas gigantescas redes magnéticas, en cualquier momento del día o de la noche en la Tierra, una formidable cantidad de energía solar. Luego, a través de unos dispositivos que solo ella hubiera sido capaz de diseñar, se podía concentrar y direccionar esta imponente y descomunal radiación solar hacia cualquier punto del planeta. Ana lograba llegar con estos rayos, en el momento y con la intensidad que ella dispusiera, a un exacto lugar del globo terráqueo con precisión milimétrica.

Cuando la ya no tan joven mujer se percató que había desarrollado una fuerza que superaba con creces todo lo que se había inventado hasta la fecha, entendió que su principal desafío era utilizarla de modo que liberara, y no subyugara, a la humanidad. Resolver ese dilema le tomó más tiempo, y le provocó más incertidumbres y vacilaciones, que sus invenciones tecnológicas. El comportamiento humano es impredecible. A nivel individual y, tal vez aún más, en lo colectivo.

Ana postergó por mucho tiempo su comparecencia ante el mundo por la perplejidad que le provocaban las reacciones psicosociales y políticas a los eventos terrenales de cada día, que ella estudiaba con rigurosidad. Por razones que ya veremos, a Ana le resultaba muy dificultosa la interacción con otros seres humanos. Plenamente consciente de su discapacidad en este engorroso tema, dedicó una energía tal vez excesiva a reflexionar sobre ello. Este fortuito retraso le permitió, cuando

se otorgaba una tregua, seguir perfeccionando su esquema de captación y manejo de rayos solares cada vez con mayor precisión.

Un buen día, la casual invasión de un pequeño país, Uraquistán, por una superpotencia extranjera marcó nuestro destino. Aunque el abuso de pueblos débiles por los más fuertes era un fenómeno recurrente, este nuevo atropello le indicó a Ana que había llegado el momento de pasar a la acción, de utilizar su poder para tratar de cambiar la realidad. De ensayar, en cierto modo, un nuevo intento de presentación en sociedad.

Habiendo empleado buena parte de su valiosa trayectoria en tratar de descifrar las complejidades del alma humana, entendió que debía revelarse ante el mundo de una manera abstracta. No podía mostrar su rostro porque ello provocaría automáticamente una calificación o descalificación. Era necesario evitar que su audiencia respondiera, impulsivamente, a favor o en contra. Cualquier detalle de la fisionomía de un ser humano provoca instintivas e inmediatas reacciones. Lo había observado en el caso de sus padres y el de ella misma.

Su padre era originario de Europa central, pero refugiado, años atrás, en América del Sur, y por lo tanto se lo identificaba en ciertos medios como «latino». Esto significa un migrante pobre, hispanoparlante, generalmente bajito, de pelo lacio y piel morena, que en nada se asemeja a los antiguos habitantes del Latium, los romanos. Un latino, para los puristas de la raza, es algo así como alguien que no es realmente blanco, aunque lo sea, ni tampoco negro, ni puede ser un igual.

La madre de Ana era oriunda del Caribe de habla inglesa y exhibía una mezcla de razas, con una ostensible predominancia africana.

Ana, que era una mixtura de ambos, había observado las disímiles reacciones que cada una de estas características provocaba en las relaciones interpersonales de forma casi automática. Debía manejar su apremiante debut mundial con sumo cuidado. Ella era además, no olvidemos, mujer.

Ana también había llegado a la conclusión de que, entre los humanos, lo abstracto y desconocido genera inseguridad y causa temor.

Ella tenía en sus manos más fuerza que todos los ejércitos de las más poderosas naciones juntos. La tremenda novedad que había decidido revelar al mundo podía desatar una ola de pánico. Quien comunicara el mensaje debía tener un rostro humano que transmitiera tranquilidad, solidaridad, bondad y amor. La voz tenía que ser la de una mujer, maternal y serena. El contenido del primer mensaje correspondía que fuera de esperanza, únicamente de esperanza.

Pero un ser humano, cualquier ser humano, puede despertar suspicacias. Resultaba necesario llegar directamente a quienes, por naturaleza, no las tienen: los niños. Ese podía ser un acercamiento inicial. Luego, habría que ir incorporando paulatinamente a los jóvenes y, por último, a los adultos. Era impensable que los centros de poder estuvieran dispuestos a aceptar la nueva realidad. El primer paso, por esencial e ineludible, debía ser preparado con meticulosidad. El mensaje inaugural debía conquistar a los niños. La imagen menos agresiva y más aceptable para esta tarea, la que menos temor podía infundir, era la de un conejito blanco.

Ana confeccionó, entonces, una capucha de cuero blanca, inmaculada, que solo dejaba al descubierto una rendija para sus ojos y otra para su boca y mentón. Ella no era una mujer particularmente atractiva, aunque tenía su gracia, pero poseía una maravillosa sonrisa. Era indispensable que pudiera transmitir esa sonrisa franca, caritativa, encantadora y contagiosa. La capucha tenía un diminuto hocico rosado de conejo en el lugar de la nariz y dos grandes orejas en la parte superior. La conejita tenía unos mansos ojos celestes. Como única concesión a las personas mayores, se adornó la frente con el signo de la paz.

Realizó ante la cámara de su computadora, con el atuendo apropiado, varios ensayos para asegurar el éxito de su estreno. El texto tuvo varias versiones y la que eligió finalmente rezaba así:

Buenas noches a todos. Mi nombre es Ana. No soy más que una mamá cuyo mayor desvelo es cuidar de sus hijos. Ellos me han enseñado que quien custodia a los más débiles se enriquece. Es el mejor uso que quienes tenemos una cuota de poder superior podemos darle a nuestra fuerza: garantizar el bienestar y la seguridad de todos los habitantes de este maravilloso planeta que compartimos. Disculpen la intromisión. Que descansen. Nos volveremos a encontrar en tres días, en alguna parte del mundo.

El aviso, en inglés, irrumpió intempestivamente en las localidades cercanas al meridiano de Greenwich, el primer meridiano. Europa occidental entera se llevó la sorpresa al caer la noche. La totalidad de los programas de radio y televisión, así como las redes sociales, con transmisiones en vivo, fueron repentinamente invadidos por esta sencilla proclama de cuarenta y cinco segundos. Luego la imagen, la fascinante sonrisa y el sonido se desvanecieron, y todo continuó como antes.

El mensaje causó desconcierto, no por su contenido sino por la manera arrasadora con que había logrado penetrar e interrumpir la totalidad de los programas de comunicación de los centros poblados de Europa. Entre la gente común despertó solo sorpresa y una vaga curiosidad. En las autoridades y los servicios de inteligencia de los Estados afectados, por el contrario, provocó una franca alarma. ¿Cómo era posible que alguien pudiera cumplir semejante hazaña? Esta era la obra de un consumado *hacker* profesional que desplegaba un poder de interferencia de las comunicaciones nunca visto.

La prensa, las radios y los canales de TV inmediatamente solicitaron una explicación a sus respectivos gobiernos. Todos ellos negaron haber tenido la más mínima participación en el misterioso asunto, pero, apretados por las preguntas, debieron reconocer que el tema «está siendo investigado en forma conjunta con otros países europeos y pronto tendremos una respuesta».

—¿Podría usted al menos indicarnos alguna pista? —preguntaban a los voceros gubernamentales que salían a dar la cara.

—No estamos adelantando información que pueda complicar el desarrollo de nuestras investigaciones —contestaban los interpelados.

La transmisión de cuarenta y cinco segundos fue grabada y repetida innumerables veces en las redes y los medios tradicionales. Antes de las veinticuatro horas, fue traducida a medio centenar de idiomas y difundida por comunicadores alrededor del mundo. Al no producirse ninguna explicación oficial sobre el tema en ningún lugar, comenzaron las especulaciones.

Ana jamás pensó que podía llegar a divertirse tanto con las conjeturas que se hacían con respecto a su sencillo mensaje. Para los partidos verdes la locutora representaba a la Madre Naturaleza y expresaba su preocupación por el deterioro progresivo y salvaje que ella y sus hijos, nosotros, sufríamos; para los animalistas, la coneja denunciaba el maltrato perverso y sistemático que nosotros, los fuertes y poderosos, infligíamos al mundo animal, los más débiles; para religiosos y partidos políticos conservadores, el mensaje era un claro y oportuno llamado de atención sobre el continuo deterioro del valor de la familia y la maternidad en la sociedad; para los progresistas de izquierda, la riqueza del mensaje radicaba en que la única fuerza legítima es aquella que se usa para proteger a los débiles y asegurar su bienestar.

Otros comentarios resaltaban el amor, la ternura, la calidez, los buenos modales que demostró al disculparse y hasta la brevedad del mensaje.

Tampoco faltaron las teorías conspirativas. Desde que esto era una nueva avanzada de la ofensiva global feminista, radical, matriarcal, insoportable, hasta que se trataba de una pícara y novedosa propaganda de la siempre creativa revista *Playboy*. Se les ofrecía finalmente a los hombres del mundo como premio consuelo, después de soportar tantos abusivos embates, esta dulce y exótica conejita. La invitación a volverse

a encontrar en tres días, en alguna parte del mundo, con una mujer enmascarada aportaba aún mayor embrujo a la cita a ciegas.

Los niños, con similar entusiasmo pero por motivos muy distintos, querían ver y volver a escuchar una y otra vez el apacible mensaje de la conejita.

Ana se entretuvo observando los desesperados y pueriles esfuerzos que los servicios de inteligencia realizaban para desentrañar el misterio de su irrupción en los medios europeos. La lógica de sus razonamientos iba por caminos que los alejaban progresivamente de cualquier posibilidad de resolver el problema. La tecnología desarrollada y empleada por Ana estaba varias generaciones de conocimiento más adelantada que la contemporánea. Nadie disponía de los instrumentos para interferir con ella ni para descubrirla.

Ana tomó nota de que, sin embargo, los servicios de inteligencia, que históricamente no colaboraban entre sí, se mostraban dispuestos a cooperar con sus rivales en busca de alguna pista. Le pareció que ello constituía, de por sí, un modesto resultado positivo.

A los tres días, los servicios de inteligencia estaban preparados para intentar, en los escasos segundos que demoraba el mensaje, interrumpir de algún modo la transmisión, aunque fuera en un solo medio. Montaron un complejo y costoso sistema de respuesta inmediata en tres localidades distintas de Europa. Allí reunieron a un equipo internacional de expertos en comunicaciones y *hackers* de renombre, y esperaron el momento. Pero Ana emitió su nuevo mensaje, nuevamente en inglés, para Asia y Oceanía. Era la misma mujer conejita, con su cautivante sonrisa. El texto, que neutralizó momentáneamente todas las comunicaciones, era el siguiente:

Buenas noches. Disculpen la intromisión. Voy a ocupar su atención por algunos segundos para reiterarles mi convicción de que el uso de la fuerza solo se justifica en servicio del interés común. Y eso es que vivamos en paz entre nosotros y en armonía con la naturaleza. El poder debe

emplearse para poner fin al sufrimiento. Las guerras deben cesar. No es digno de nosotros resolver las diferencias por la violencia. Ningún niño o joven debe ser víctima de la insensibilidad, la cobardía o la incapacidad que tengamos los mayores para enfrentar los problemas. Disponemos de todos los medios para dejarles a las nuevas generaciones un mundo mejor. A los mayores, por favor, les suplico: hagamos callar las armas.

Aunque en este caso el mensaje contenía una solicitud específica, nadie le prestó atención. Una vez más, cundió el desconcierto que provocaba la invasión de la totalidad de los medios al aire de una vastísima región, con culturas, grados de desarrollo y sistemas de comunicación basados en tecnologías diferentes.

La aparición de Ana en Asia y Oceanía dejó a los servicios de inteligencia estupefactos. Por supuesto que no pudieron detenerla. Ni los chinos, ni los hindúes, ni los japoneses lograron otra cosa que interrumpir sus quehaceres y escuchar pasivamente a la simpática mujer coneja.

En China, el partido de gobierno no comentó el tema públicamente más que para confirmar que la población debía mantener la guardia alta ante las invasiones de los medios de comunicación nacionales por parte de poderosas empresas capitalistas extranjeras. El episodio en cuestión era un ejemplo que confirmaba la regla. Hacia adentro del partido, sin embargo, se tomaron medidas urgentes para enfrentar este problema con la seriedad que merecía y como un tema de alta prioridad para la defensa nacional.

En Australia la reacción fue distinta. Las excusas del gobierno no convencieron para nada a una población acostumbrada a la libertad de información y la reflexión crítica. El debate se instaló en la opinión pública y en el seno de cada familia.

Hija (17 años): Realmente no entiendo por qué están ustedes tan preocupados. Estos mensajes no representan ninguna amenaza.

Padre (51 años): El problema no es el mensaje, querida, sino la incertidumbre en torno a quién es esta persona y cuáles son sus objetivos.

Hija: Los objetivos están muy claros. Ella dice que tenemos que parar de hacer guerras y cuidarnos unos a otros. ¿Qué hay de malo en eso?

Madre (47 años): Lo que ella dice, o le hacen decir, no es lo que importa. Hay organizaciones políticas que engañan a la gente con el único propósito de conseguir sus objetivos.

Hijo (12 años): ¿Quién les dijo a ustedes que ella es una política?

Padre: Es imposible saber eso, pero la organización a la que ella pertenece tiene mucho poder y no sabemos quiénes son. Por eso estamos preocupados.

Hija: ¿Acaso tú sabes quiénes son todos los demás que tienen poder? ¿Y qué intenciones tienen?

Madre: Las personas políticas que tienen poder en nuestro país son elegidas por el pueblo y nos tienen que rendir cuentas.

Hijo: Pero estos políticos arman guerras en las que mandan a pelear a los jóvenes. Yo no estoy de acuerdo con eso.

Madre: Cuando se va a una guerra es por una buena razón. Esta mujer disfrazada no sabemos qué es lo que quiere.

Hijo: Dice que quiere paz. ¿Por qué es necesario pelear?

Padre: Lo que dice mamá es que a veces hay causas justas y toca pelear. No tendríamos la libertad y el desarrollo que tenemos si no hubiéramos peleado.

Hija: Pero no se trata solo de nuestro país. Ella habla de todo el mundo. ¿Y los jóvenes que mandaron a pelear contra nosotros y perdieron?, ¿con qué se quedaron? ¿Y los niños?

Hijo: No entiendo por qué les asusta tanto la paz.

Madre: ¡No nos asusta la paz! ¡Qué ocurrencia! Solo nos preocupa, como dice papá, que estos mensajes puedan representar un peligro, ¡nada más! ¡Cambiemos de tema!

Hija: ¿Más peligro que una guerra?

Padre: Tal vez sí. Hay condiciones e imposiciones que no deben aceptarse con el solo fin de mantener la paz. Tampoco corresponde que

ustedes se alarmen. Solo entiendan que, como dice mamá, esta señora coneja no es ninguna garantía de paz.

Hija: ¡Pero ella no ha puesto ninguna condición!

Padre: Por el momento no, pero…

Hijo: Y el símbolo que lleva en la frente, ¿qué significa?

Padre: Ese símbolo es el de la paz pero…

Hijo: ¿Y por qué no le creen?

Infelizmente, los desacuerdos no solo se daban entre adultos y adolescentes. Cuando se les preguntaba a los niños, que recién estaban empezando a hablar, qué querían ver en la televisión, se repetía el intercambio:

—La conejita.

—¿Otra vez?

—¡Síííííííííí! ¡La conejita!

El segundo mensaje provocó una alarma más generalizada que el primero en los gobiernos del mundo entero. Los países líderes tomaron inmediatas medidas para saber de dónde provenían estas interferencias. ¿Desde qué lugar del planeta se emitían estos mensajes? Había que encontrar y desmantelar ese montaje y llevar de inmediato ante la justicia a las personas responsables de esta peligrosa intromisión indebida.

Descubrieron que los mensajes provenían no de un lugar en la Tierra, sino del espacio, y que habían sido utilizados los satélites e instalaciones de los programas gubernamentales espaciales de todos los países, indiferentemente. Aunque no habían sido saboteados, sino que seguían funcionando con absoluta normalidad.

Se convino, entonces, entre todos los líderes, desactivar aquellos satélites y laboratorios espaciales sospechosos de haber participado involuntariamente en las transmisiones de la conejita. Pero no lograron hacerlo. Cuando se les daba la orden de apagarse, autodestruirse o regresar a tierra, los aparatos no respondían. En las pantallas aparecía «Error» y todo continuaba como habitualmente.

Las comunidades que estudian el fenómeno de los ovnis (objetos voladores no identificados) convocaron a conferencias internacionales virtuales, en las que pronto concluyeron que se trataba de una manifestación de la vida extraterrestre que finalmente había decidido presentarse ante la humanidad y enviarnos un mensaje de paz y tranquilidad. Si bien al principio no se prestó mayor atención a esta teoría en los círculos oficiales, el tema fue tratado extensamente en las redes sociales. ¿Qué mejor imagen que una conejita para presentarse ante el mundo sin provocar pánico? Era claramente la obra de una mente superior. En eso no estaban equivocados.

Paradójicamente, mientras en los todopoderosos círculos políticos y militares de las grandes potencias mundiales el tema motivó un alto grado de preocupación, en la mayor parte de los pueblos más débiles y pobres del mundo el hecho no causó alarma. Fue tomado como una más de las locas manifestaciones de las nuevas tecnologías de las que «nosotros», en realidad, no entendemos nada. En otras palabras, para la mayor parte de la población del planeta el fenómeno pasó como una excentricidad tecnológica, inexplicable, como tantas otras a las cuales los últimos años de este siglo XXI ya nos tenía acostumbrados.

Pasaron tres días más. La vida siguió su curso, la invasión de un pequeño país por parte de una superpotencia también. Todo el mundo civilizado acordaba que tal agresión a un país débil era un atropello al derecho internacional, y a todas las convenciones que la humanidad había redactado y aprobado con tanta pompa y solemnidad. Establecida y esclarecida la indignación, no hicieron estrictamente más nada.

Ana volvió a comunicarse. Esta vez la voz, acompañada de su perpetua y agradable sonrisa, irrumpió en todo el territorio americano desde Alaska hasta Tierra del Fuego, a la caída del sol.

Buenas noches a todos. En mi último mensaje había solicitado encarecidamente que las armas se silenciaran. La guerra ha continuado

en Uraquistán. Los agresores no parecen entender que las soluciones impuestas por la violencia no son tales. Son simplemente imposiciones que los débiles no tienen más remedio que soportar. En nombre de los niños y los jóvenes del mundo que aspiran a vivir en paz y en armonía, les ruego que presten atención a mi reclamo. No tiene justificación alguna seguir gastando fortunas en armamentos cuyo más digno destino es que no sean utilizados jamás. ¿Qué sentido tiene seguir perdiendo el tiempo? Háganlo ustedes solos, ¡comiencen ya!

El gobierno de los Estados Unidos de América quedó en estado de *shock*. Ni ellos, el país con mayor desarrollo tecnológico, hubieran sido capaces de organizar un mensaje de esa naturaleza que no logró ser ni siquiera mínimamente interrumpido, o afectado, por sus servicios especializados ni por nadie en el resto del continente. Como si se tratara de algo distinto y muchísimo más grave por el simple hecho de que, esta vez, los afectaba directamente a ellos, entraron en una descontrolada crisis nerviosa.

Como medida cautelar y preventiva, la Casa Blanca amenazó con imponer severas sanciones económicas a Uraquistán si no confesaba su vínculo con estas inadmisibles y amenazadoras interferencias. Los medios del mundo acosaron al gobierno de Uraquistán exigiéndole revelar qué rol jugaba en el inaceptable boicot a las comunicaciones y la libertad de expresión. El acosado presidente de Uraquistán, en un breve comunicado público, declaró que él no tenía por qué darle explicaciones a nadie y reclamó el cese de las hostilidades contra su país.

Para las autoridades estadounidenses resultaba inverosímil que un país como Uraquistán, con su primitivo grado de desarrollo, pudiera por sí solo organizar semejante espectáculo. ¡Aquí había complicidades no confesas! Una lista de posibles deleznables confabuladores fue elaborada de inmediato, lo que no tomó mucho tiempo porque tal lista,

naturalmente, ya existía. Se citó a una reunión de emergencia en la Casa Blanca para recabar todo lo que se sabía, y no se sabía, sobre este tema. Acto seguido, el presidente llamó a una sesión extraordinaria de la Asamblea de la Organización de Estados Americanos para acordar una reacción conjunta ante este nuevo y extraño evento que había afectado y desafiado a todo el continente.

Nadie en su sano juicio pensó que algún país latinoamericano semidesarrollado podía ser una pieza importante de este rompecabezas. De todos modos, no estaba de más verificar el patio trasero. La altruista y generosa cita a la cumbre indicaba que se trataba de la defensa de toda América y, fundamentalmente, de sus países más débiles. Por perder tanto tiempo en la organización y ejecución de estas solemnes reuniones inútiles, se olvidaron de prestarle atención a la súplica de la amable conejita.

Sorpresivamente, en todo Uraquistán, las armas de guerra de la potencia invasora se silenciaron. El hecho se produjo de manera por demás original y curiosa. Miles de rayos de altísima temperatura habían tocado por unos segundos las puntas de los cañones de tanques, buques, lanzacohetes y otros artefactos de guerra bloqueando, por fundición inmediata del metal, todo orificio de salida. Las pistas de despegue y aterrizaje de los aviones ocupantes resultaron inutilizadas por intensos rayos de calor que derritieron el cemento en distintos puntos del trayecto. Algunos drones de ataque, que andaban dando vueltas por el aire, también fueron alcanzados por rayos provenientes del espacio y desaparecieron sin dejar trazas, como si se hubieran evaporado. Todo esto sucedió simultáneamente. El ejército invasor quedó armado tan solo con los fusiles automáticos que portaban los soldados en sus manos, al tiempo que registraban, con indisimulada curiosidad, que había cesado el fragor de los bombardeos.


WANTED